



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . Fr. 5.--
Otros países . . \$ 3.--

La influencia que nos fortalece

Exposición del Mensajero del Eterno

EN su epístola a los hebreos, el apóstol Pablo da esta exhortación: "Por lo cual fortaleced vuestras manos caídas y vuestras rodillas débiles, y seguid con vuestros pies caminos rectos." He aquí una maravillosa lección que tenemos que aprender.

Cuando nos sentimos fatigados físicamente, como resultado del trabajo del día, un buen sueño reparador nos quita toda pesadez y todo cansancio. Por la mañana nos sentimos de nuevo preparados y listos, completamente restaurados después del abastecimiento de la noche. Espiritualmente es un idéntico proceso que se manifiesta.

Tenemos un combate que librar contra nuestros antiguos hábitos. Este no es un combate siempre fácil; porque el espíritu del mundo está fuertemente arraigado en nosotros. Es una verdadera lucha para rechazarlo de nuestro corazón, y podríamos sentir lasitud al cabo del día; por eso, un abastecimiento es necesario. Ese aporte espiritual nos es procurado por el espíritu de Dios, el fluido vital.

Todo está organizado maravillosamente en nuestro cuerpo. Durante la noche, la circulación de la sangre se manifiesta al ralentí. De esta manera el corazón no tiene que producir ningún esfuerzo, puesto que dormimos. Por consiguiente, nuestros miembros no están en acción, a menos que seamos incomodados por la sugestión demoníaca, la cual puede aquejarnos de tal manera que por la mañana nos sintamos extenuados.

En cambio, si somos cubiertos por la gracia divina, el adversario no tiene dominio sobre nosotros; disfrutamos de un sueño apacible, la circulación de la sangre se hace sin ningún esfuerzo de parte del corazón, y el abastecimiento es magnífico.

Desde el punto de vista espiritual, es lo mismo. Si sabemos tomar nuestro reposo en el Señor, podemos sentir un maravilloso solaz. Si durante el día hemos tenido dificultades que no hemos podido vencer como lo hubiéramos deseado, podemos venir siempre al Señor con toda humildad.

Podemos igualmente confesarle nuestra debilidad e insuficiencia ante la prueba. Si lo hacemos con toda sinceridad de corazón, podemos sentir inmediatamente la cobertura de la sangre de Cristo. La tranquilidad penetra entonces nuevamente en nosotros por medio del poder del espíritu de Dios.

Cuando somos atormentados por nuestra conciencia que no está de acuerdo con nuestra manera de proceder, y que reparamos nuestra falta, nos sentimos de nuevo en regla con el Señor. Entonces la conciencia es tranquilizada y sentimos el descanso de nuestros nervios, lo

cual nos procura un inmenso bien después de las crispaciones experimentadas.

Para mí mismo, cuando me doy cuenta de que he faltado de amabilidad y de amor hacia mi prójimo, me causa mucha pena. No tengo tregua ni sosiego hasta haber podido manifestarle cariño y amabilidad. Experimento entonces que todo está de nuevo en orden en mi corazón; participo nuevamente de tranquilidad, de reposo y de paz.

El apóstol Pablo nos dice: "Fortaleced vuestras manos caídas y vuestras rodillas débiles, y seguid con vuestros pies caminos rectos." Efectivamente, lo esencial, para poder sentir el estímulo y el fortificante que vienen del Señor, es seguir caminos rectos.

No es cuestión de considerar si eso nos cuesta poco o mucho, sino que es menester hacer tabla rasa y evitar absolutamente todo lo turbio, todo lo torcido, todo lo que renquea. Si procedemos con combinaciones egoístas, el diablo puede entonces fácilmente adormecernos con toda clase de razonamientos, todos más falsos unos que otros.

Finalmente nos extraviarnos y no sabemos más distinguir nuestra diestra de la siniestra, porque hemos falseado nuestra conciencia. Es como el que dice una mentira para salvar las apariencias; después se ve obligado a decir otras tantas para no ser descubierto.

Así nos sumimos cada vez más en la hipocresía y en la duplicidad. Por lo tanto, es muy preferible escoger siempre el camino de la rectitud y de la sinceridad.

El seguir caminos rectos ocasiona a veces dificultades momentáneas. Es posible que tengamos que soportar cosas que los seres humanos consideran como déficits.

En realidad, sólo salimos ganando, porque nos sentimos luego sobre una tierra firme. Al no tener nada que ocultar, no tenemos nada que temer. Las manos caídas y las rodillas débiles se afianzan magníficamente. Así nos sentimos poderosamente abastecidos por la gracia divina; el corazón se siente tranquilo, regocijado y maravillosamente vivificado.

En cuanto a mí, si una mañana me despierto demasiado tarde, entonces no tengo tiempo de repasar en mi corazón todos los beneficios recibidos del Eterno; desde luego que eso se repercute inmediatamente sobre mi humor, no me siento tan contento y, en seguida, me siento más afectado por las dificultades que se presentan. Lo percibo inmediatamente.

Entonces me recobro pensando en todas las bondades divinas. Tan pronto como lo hago, desaparecen las nubes y el cielo se queda de nuevo despejado. Este es un maravilloso barómetro con el que pueden medirse todos los hijos

de Dios. Es cierto que hay dificultades, pruebas y cosas desagradables que se presentan. Son necesarias para reconocernos y cambiar de mentalidad.

Cuando suceden una multitud de cosas desagradables unas tras otras, el adversario intenta entristecernos y cansarnos. Pero si nos dejamos impresionar por las amabilidades y la bondad divina, la tristeza no tiene tiempo de instalarse en nuestra alma; así nos sentimos reconfortados, entusiasmados y maravillosamente consolados por la gracia divina.

Esta es la buena batalla de la fe, que debemos pelear para mantenernos siempre en el Reino de Dios. Nos mantenemos en él mientras dejamos solamente penetrar y obrar buenos pensamientos en nosotros.

Pues un solo mal pensamiento puede hacernos salir inmediatamente del Reino. Si nos damos cuenta, y si reaccionamos con un buen sentimiento, podemos vencer la dificultad. Entonces, un segundo más tarde nos encontramos otra vez en el Reino de Dios, donde todo es alegría, benevolencia y bendición.

Esto representa una verdadera gimnasia del espíritu que debemos realizar continuamente, porque el adversario no sé hace de rogar para sugestionarnos en todas las direcciones. El nos hace verla mala voluntad de uno, la dureza de corazón de otro, la indiferencia de un tercero, etcétera.

Por lo tanto, se trata de recobrarnos continuamente, de no querer saber nada y de pensar solamente en las buenas y bellas cosas, para que siempre podamos volver a tomar posición en el Reino. Cuando logramos de esta manera ser amos de nosotros mismos, entonces podemos decir todos los días que esto va maravillosamente bien.

No todo el mundo puede decirlo. Pues se necesita tener un verdadero dominio de sí mismo para disciplinar nuestra mente bajo el poder del bien en todas las circunstancias y en todas las situaciones.

Si tenemos el corazón puro y la mente sana, nuestro cuerpo gozará también de buena salud. Si hay perturbaciones, es que ciertos pensamientos frenan la circulación, e interceptan el fluido vital en nosotros.

Los seres humanos no deberían envejecer, es una anomalía. Pues en ellos tienen todo para recibir un continuo abastecimiento y una constante renovación del poder vital. En efecto, a medida que se cortan las uñas, les vuelven a crecer, y lo mismo los cabellos.

Lo que hace envejecer a los seres humanos, es la falta de circulación de los principios de vida. Finalmente, se les caen los cabellos, los órganos no funcionan más normalmente, la vis-

ta disminuye, el oído también. Poco a poco las funciones del organismo se hacen más lentas, por fin se detienen y es la muerte.

Nuestros primeros padres, no lo olvidemos, estaban en el Reino de Dios. Por eso, con nuestro organismo pertenecemos al Reino de Dios, y cuando nos movemos fuera, es para nosotros un gran detrimento. Entonces nuestras manos son caídas y nuestras rodillas se debilitan. En el Reino de Dios no hay ni lasitud ni debilitamiento y es constantemente la vida, la alegría, la fortaleza y la gracia.

Y cuando pensamos en seres humanos que, al llegar a cierta edad, no pueden sostenerse sobre sus piernas, es muy lamentable, porque es un indicio de extrema debilidad. Pero si pudieran corroborarse en la gracia divina, cobrarían de nuevo fortaleza y se sentirían en seguida mejor.

Los seres humanos no están acostumbrados actualmente al Reino de Dios. Se han acostumbrado al reino del adversario, a sus principios, a su mentalidad que es hipócrita, aduladora, egoísta y engañosa.

A ciertas personas les agrada que se compadezcan de ellas, que las sientan infelices y pues sólo están contentas cuando despiertan la compasión de otras personas. Vemos cuán al revés es la mentalidad de los seres humanos; pues todo eso es completamente contrario a su prosperidad y a su felicidad.

Por tanto, si queremos sentirnos afirmados y fortalecidos de una manera continua, es preciso que nos pongamos voluntariamente bajo la disciplina del programa divino, prohibiéndonos pensamientos, palabras y acciones que no sean de la incumbencia del Reino de Dios. Tenemos a un solo Maestro, y sólo debemos procurar complacerlo a él.

En suma, tenemos la tarea fácil, puesto que no debemos tratar de complacer a varios a la vez. Basta que nos pongamos en armonía con nuestro querido Salvador, y que procuremos obedecerle. Entonces podremos sentir su aprobación, su bendición, el poder de su gracia que nos estimulará, nos regocijará y nos vivificará maravillosamente.

Si buscamos verdaderamente una sola cosa: la aprobación del Maestro, tendremos siempre el corazón gozoso y podremos decir continuamente que esto va admirablemente bien para nosotros. Aunque luchemos contra la adversidad, el gozo perdurará en nuestro corazón porque estaremos en la nota y que la equivalencia podrá funcionar por medio del fluido abastecedor de la gracia divina.

Como miembros del cuerpo de Cristo, debemos hacer el sacrificio de nuestra vida. Este último nos es presentado por nuestro querido Salvador. Si estamos conscientes de nuestro ministerio y deseosos de cumplirlo, estaremos armados en el momento de la prueba. Ya sea que la prueba se presente sufriendo algún desaire, con una dificultad, un renunciamiento o una propiciación que nos cueste algo, estaremos completamente de acuerdo.

Tenemos una fe viva en los caminos divinos y en las promesas del Señor, porque deseamos asociarnos a él en el completo sacrificio de nuestra vida a favor de la humanidad. Así podremos heredar las más altas y las más maravillosas promesas, aunque seamos pobres seres caídos y miserables que, sin el sacrificio de Cristo, estarían destinados a la destrucción completa y definitiva. Pero, como nuestro querido Salvador dio su vida a nuestro favor, nos beneficiamos de la gracia divina.

Éramos como los árboles en invierno, que están desprovistos de hojas y que parecen secos y muertos, Pero cuando el poder de la obra de nuestro querido Salvador se manifiesta en nosotros, esa savia omnipotente que viene del sacrificio de Cristo nos vivifica, nos fortalece y nos permite disfrutar de las más bellas y magníficas promesas divinas.

Cuando podemos realizar una verdadera fe, ¡qué maravilloso poder nos es comunicado! La fe viva en la resurrección, por ejemplo, ¡qué inmenso consuelo y qué grandioso estímulo es para nosotros! La fe es de una importancia capital y nos permite ver las cosas de una manera muy distinta de los humanos en general. No tememos más la muerte, puesto que estamos seguros de la resurrección.

De esta manera el conocimiento del programa divino, recibido en un corazón deseoso de vivirlo, nos da absoluta seguridad. Podemos entonces recibir cada día la vivificación de todo nuestro ser por el poder del fluido vital.

Todo es así para nuestra bendición y para nuestro bienestar espiritual y físico. Si algo no funciona bien en nuestro organismo, es por culpa nuestra. Entonces conviene hacer lo necesario para que funcione de nuevo bien, para poder decir siempre con convicción y entusiasmo: "Bendice, alma mía, al Eterno, y no olvides ninguno de sus beneficios."

Ahora queremos apoyarnos en algo que no se hunda a cada instante bajo nuestros pies. Si nuestros primeros padres no hubieran salido del Reino de Dios, andaríamos ahora sobre un terreno estable, puesto que hubiéramos nacido en el Reino de Dios.

Pero es evidente e que no somos mejores que nuestros primeros padres y tampoco podemos afirmar que nos hubiéramos mantenido fieles en el paraíso. Por eso es indispensable que sigamos la escuela de nuestro querido Salvador, que únicamente nos capacitará para permanecer eternamente en el Reino de Dios.

Conviene que observemos rigurosamente los consejos que nos son dados en la escuela de Cristo. Especialmente debemos esforzarnos por no combatir jamás a nuestro prójimo, ni guardar resentimiento en nuestro corazón en contra de quien sea. De lo contrario, estamos ya vendidos al adversario.

Cuando tenemos algo en el corazón, no es fácil sacarlo. Los esfuerzos y la buena voluntad son necesarios, para no ser carcomidos como un cáncer que se incrusta en una parte del cuerpo con toda clase de ramificaciones; duele cuando se trata de extirparlo con todas sus raíces.

El apóstol Pablo lo experimentó muy bien, y es lo que le motivó a decir: "No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. ¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?" El agregó: "Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro".

Por eso el apóstol Pablo ganó la victoria por Cristo, mientras que en general la cristiandad se agarra a las dificultades, diciendo que no es posible mejorarse. Es el almohadón de pereza que el adversario le da para que no progrese y que no se libre de la tutela diabólica.

La verdad es que por Jesucristo podemos ser liberados completamente. En la escuela de nuestro querido Salvador podemos realizar la victoria completa, y purificarnos hasta que finalmente no quede en nosotros mal alguno. Para esto es necesario concederle toda su importancia al Reino, así como a la afirmación de nuestra vocación y elección.

Si hacemos lo necesario honrada, sincera y rectamente, y con todo nuestro corazón, todo se diseña con maravillosa claridad delante de nosotros, y podemos sentir goces inefables y sublimes. Entonces el temor desaparece de nuestro corazón y las nubes que actualmente ensombrecen el horizonte no nos asustan para nada. Estamos conscientes de que este no es más que un período de transición, por medio del cual se introduce la salvación en la humanidad. Por tanto, de lo que se está preparando resultará finalmente la bendición.

Respecto a nosotros, si vivimos la verdad, nada podrá sucedernos de malo. Si en ese período transitorio se producen truenos y relámpagos, un huracán enfurecido, podremos decir: "Vuelve, alma mía, a tu descanso, porque el Eterno te ha hecho bien."

Lo que importa es que nos conduzcamos como verdaderos hijos de Dios, para poder dar un buen testimonio. Si queremos introducir el Reino de Dios, es preciso que vivamos la disciplina divina. Si la expresamos con todo nuestro corazón, podremos realizar una magnífica y poderosa bendición.

Por mi parte, he podido dejar todo por amor al Reino de Dios, incluso mi viejo hombre que no quiero dejar hablar. Cuando vienen las dificultades, las acepto humildemente de la mano del Señor, y puedo encontrar la equivalencia en el amor divino.

Es así como uno adquiere la completa estabilidad en los caminos divinos, y como se puede ir de gozo en gozo y de victoria en victoria. Todo eso está subordinado a la verdad vivida, porque para comprender los caminos divinos, es preciso seguirlos.

Cuando nos ponemos a los pies del Señor con la fe y la confianza de un niño, él puede operar maravillosas con nosotros. Nuestras rodillas se afianzan, nuestras manos caídas se fortalecen y el poder de la gracia divina puede hacernos incommovibles.

También nos regocijamos con todo nuestro corazón de que los seres humanos sean restaurados en la tierra, según la promesa del Eterno; pues no desea la muerte del pecador, sino que se arrepienta y que viva. Por tanto, queremos cumplir con nuestro ministerio y participar con todas nuestras fuerzas en la restauración de todas las cosas, para honra y gloria del Eterno y de nuestro querido Salvador.



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hemos luchado contra nuestros hábitos egoístas, ideas personales, al habernos esforzado con buena voluntad?
2. ¿Hemos seguido caminos rectos, reconocido nuestros fallos, y haber podido dar aliento a nuestro alrededor?
3. ¿Hemos combatido la distracción, la tibieza, los celos y qué progresos hemos hecho en la humildad y el amor?
4. ¿Hemos podido rechazar las tentaciones del adversario, vencer el mal con el bien y mantenernos bajo el espíritu de Dios?
5. ¿Cómo hemos realizado las pruebas de fe, paciencia, perseverancia, mansedumbre y estabilidad en el combate?
6. ¿Hemos sido dignos, generosos, llenos de amor en nuestras reacciones, modestos sencillos, abiertos y valientes?